

HISTORIA DEL MUCHO ANTES
Y OTROS CUENTOS



COLECCIÓN LITERATURA
Serie Cuento • Bruno Estañol

Pedro Luis Hernández Gil

HISTORIA
DEL MUCHO ANTES
Y OTROS CUENTOS

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



TABASCO

Primera edición: 2019

© 2019, Pedro Luis Hernández Gil

D. R. © 2019, Secretaría de Cultura
Calle Andrés Sánchez Magallanes # 1124
Fraccionamiento Portal del Agua
Colonia Centro, Villahermosa
C. P. 86000
Tabasco, México

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
sea cual fuere el medio, sin el consentimiento por escrito
del titular de los derechos correspondientes.

ISBN: 978-607-8428-71-7

Impreso en México - *Printed in Mexico*

*No me importa robar pan
de las bocas de la decadencia.*

Temple of the Dog

TRES APARICIONES DE PAULO COELHO

«Solo podemos entender un mundo que nosotros mismos hemos creado», alcancé a escuchar aquella tarde donde creo todo comenzó. Entré a la sala comedor del padre de Ezra gracias a la muchacha de la limpieza. En el sofá se encontraban acomodados el papá de Ezra y una nueva *pupila*, flaca pero hermosa. El maestro sostenía un libro gordo en las manos; ella lo miraba con cara de mensa.

Dije buenas tardes. Sólo escuché murmullos. «Vaya –pensé– creí que los *filósofos* tenían más educación». La sirvienta respondió: «Ahorita baja, permiso».

Entonces estuve parado como un idiota. Me puse a pensar: «La criada es una joven educada». Iba a lucir mi mueca de mala onda cuando Ezra comenzó a bajar por las escaleras: su belleza y porte valían todas las flatulencias de su familia.

Ezra era la menor de dos hermanos. Belleza herencia de su madre: pelos de elote, ojos de miel, pecas casi infinitas con un afán de cubrir su piel de media crema. Ezra en su etapa rebelde; tenía la sospecha de que por eso salía conmigo. Era muy reciente el divorcio de sus padres.

Yo le llevaba a Ezra quince años. Soy moreno, de rasgos olmecoides, cabellera larga, pobre y vividor de mujeres. La pesadilla perfecta. Sin embargo, me gustaba leer

poesía en ese tiempo, los versos de Ezra Pound me eran familiares. Una amiga en común me la presentó.

«Tienes nombre de poeta fascista», fue lo primero que le dije. Ella soltó una carcajada.

«Lo sé, mi padre está obsesionado con ese *güicy*, pero tiene versos muy bonitos y mi nombre me gusta mucho. ¡Oye!, es la primera vez que alguien sabe de dónde viene mi nombre», fue lo que me dijo la inaugural vez que escuché esa voz ronca pero dulce.

Desde el principio tuve la teoría de que aparte del guiño poético, el padre de Ezra comulgaba con la ideología fascista del titán de la poesía.

Ahora que lo pienso, creo que esa vez que entré a la sala comedor del padre de Ezra no es donde todo comenzó. Vayamos hacia atrás, como *flashback* de un churro hollywoodense. Esa teoría de la que les hablaba la quise comprobar aquella vez que conocí a los papás de Ezra en un restaurante. Recién divorciados, los progenitores de Ezra no dudaron en llevar a sus respectivos *pupilos* a la cena. La madre se llamaba Fátima Meza Moscoso y, aunque los años ya se notaban, conservaba la hermosura. Maestra jubilada, llegó a la cena con Robert, un fideo albino que había aterrizado desde Austria por un programa de intercambio.

El exmarido, don Teodoro Gurría Gil, también había estudiado la Normal, pero su gusto por la filosofía lo hizo alcanzar una maestría en filosofía de la educación, diplomados de literatura griega, entre otras cosas. Barba cerrada y gris, de ojos claros, se veía mejor conservado que su exmujer. Su acompañante era de piel apiñonada, de busto generoso, una cabellera que de tan castaña pasaba al pelirrojo. El maestro la llamaba Mistral pero estoy casi seguro

de que ese no era su nombre. No pude evitar distinguir la diferencia de edades que existía entre los señores y sus alumnos. Era casi la misma que yo le llevaba a su hija. En ese momento supe, con total seguridad, que ella salía conmigo sólo para darle a sus padres una taza de su propio chocolate. Al principio me dio tristeza. Luego dije: «¡Qué diablos, mientras ella acepte mis caricias y yo siga bautizándome en su nicho de Venus, que me valga madre!». La mueca de buena onda surgió de mi boca y no pude disimularla en toda la velada.

Después de la cena, ya degustando un Rioja que pidió el maestro Gurría –otra señal del fascismo, ahora ordenando el vino favorito de Franco–, los dos progenitores en la mesa me preguntaron sobre mi vida y, para darle gusto a Ezra, dije la verdad. No sé cuántas veces se subieron los colores a los rostros de la expareja, pero aguantaron vara. Cuando acabé de resumir mi caótica vida, Ezra me miraba con unos ojazos, como diciendo: «Hoy te voy a dar tu regalote». Entonces me tomé el vino de un solo trago. Después de eso todo fue más fácil. Me sentía arropado por las miradas de aprobación de mi novia y los padres ya no eran aquellas estatuas de mármol que veía con respeto. Así que ya encarrilado, me atreví a preguntar: «El nombre de su hija es por el poeta Ezra Pound, ¿verdad, maestro?».

Fue la segunda vez que me miró con ojos de súper macho alfa en su trono estelar. La primera vez había sido cuando su hija nos presentó. «¿Tú qué sabes de Ezra Pound?». Tenía entonces mi mueca de la buena onda, pues me sentía en mi lodo. Debo confesar que en el viaje hacia el restaurante estuve gogleando en mi teléfono inteligente el nombre de Ezra Pound para refrescar la me-

moria con memoria digital, y medio leer un ensayo muy interesante que lanzaron en línea y no había leído.

Para no aburrirlo con lo que ya sabía, resumí por un lado a Pound como un grande de la poesía, y por otro un fascista y un embustero. «Es cuando se dice que no todo gran artista es un buen ser humano».

—¿Quién es tu poeta favorito?

—En este momento, Ezra Pound.

Entonces la miré y ella me hizo un guiño con su ojo izquierdo. Fue cuando el suegro devolvió:

—Y cuando te alejas de mi hija y vuelves a los suburbios y las alcantarillas, ¿qué poeta favorito tienes?

—¡Papá!

—Disculpa.

—No se preocupe, señor.

Esa no me la esperaba. Tardé en contestar, respiré hondo: «Yo sé que no soy de su agrado ni del agrado de muchas personas. Estoy seguro también que ha educado a su hija y le ha dado uno de los valores que más pueden ayudar en estos tiempos: la inclusión y una visión más abierta de las cosas. Ezra tiene un gran corazón y me quiere bien y viceversa; usted lo está viendo: soy feo, soy pobre, entonces, ¿qué otra cosa podría ser? Y sobre lo de feo, corrijo, siempre me gusta citar un verso de Rosario Castellanos: *Soy más o menos feo, depende la mano que aplique el maquillaje*».

Don Teodoro nos observó a los dos. Ya no dijo gran cosa después de eso. Los seis nos refugiamos en nuestros respectivos teléfonos celulares. Ezra tenía el rostro como si ella hubiera pronunciado esas palabras. Sus ojos me decían que ya sabía que yo me había dado cuenta de que estaba conmigo para joder a sus padres. De aquella ocasión es lo

que más recuerdo, eso y la cena, cortesía del maestro: ensalada de la casa, arracheras marinadas y de postre, fresas a la pimienta.

Hasta aquí el *flashback* donde efectivamente comenzó esta historia. Volviendo a casa del maestro Teodoro, como ustedes se imaginarán, no me sorprendió su actitud cuando fui a buscar a su hija. Ella vivía con su padre mientras los hermanos con la mamá. Cuando por fin bajó la chica que en ese momento amaba, me dijo sin saludar ni beso ni nada: «¡vámonos de aquí!».

En el camino a ninguna parte, por fin pude preguntar: «¿qué pasa?». Y esto fue lo que Ezra me dijo:

—Pues resulta que llega temprano la nueva *amiguita* de papá, estudiante de primer semestre de Letras Modernas, y él de inmediato presume su biblioteca. Esta táctica me la sé muy bien: cuando se escucha que se cierran las puertas corredizas es que ya la palomita ha caído. Sin embargo, no escuché las puertas corredizas cerrarse. Raro, me dije, el jefe está perdiendo el toque. Entonces escucho que mi padre grita mi nombre: «¡Ezra!». Y luego completo: «¡Ezra Yolanda Gurría Meza!». Sí, lo de Yolanda me lo puso mamá, ama esa canción, ¡yo la odio! Bajé de inmediato pensando qué madres podría haber ocurrido: ¿se murió la estudiante?, ¿resbaló?, ¿cayó un tomo de la Enciclopedia Británica sobre su cabeza? Mi padre estaba de pie con un libro en la mano y la niña estaba sentada en uno de los sillones con una risilla de pendeja. Papá me acercó el libro y preguntó: «¿Es tuyo?». Me acerqué para tomarlo. Era de Paulo Coelho, el título *Adulterio* y tenía de portada tres cerezas. No es mío, dije y se lo devolví. Lo rechazó,

volvió a subir la voz: «¡Obviamente tampoco es mío! ¡Cómo se atreven a entrar a mi biblioteca y hacer esta broma de mal gusto!».

–¿Estás diciendo que, para divertirme a costa de tu cultura elitista, entré a la biblio y coloqué un libro de Coelho en un estante?

–A menos que haya sido tu noviecito que viene ya casi todos los días...

«Fue ahí que me emputé».

–¡También está la opción que algunas de tus putitas que encierras aquí lo haya dejado!

«Y me largué de la biblio».

Después de mofarnos un rato y tratar de imaginar la cara de la que reía como pendeja luego que la llamaran putita, dijo Ezra tratando de tomar seriedad:

–Ya, fuera de bromas, me puse a pensar que las putitas que lleva no fueron porque las escoge bien, siempre son estudiantes de letras o chavas que les gusta la buena literatura o filosofía, les da lecturas.

–Y pene...

–Sí pues, pero lecturas también.

–Y más pene...

Le encantaba cuando nos reíamos de sus viejos y sus debilidades.

–Tampoco creo que haya sido la Garro.

–¿Quién?

–La muchacha del aseo.

–¿Así se llama?

–No, la historia es que cuando mi padre la entrevistó en el estudio, después de ver sus referencias y observarla un rato, dijo: «La agarro». Ella se fue, tímida como es, para

volver al día siguiente. La anécdota se extendió en la cena. Descompusimos la frasecita y quedó en una contracción: la Garro o Elenita, Elena Garro, esposa de Octavio Paz. Y así se quedó; ella lo sabe y cuando mi padre la llama «Garro», deja sus quehaceres y va inmediatamente a ver qué quiere el patrón.

—¿Y cómo se llama en realidad?

—María Luz. Ella no pudo haber sido.

Pasaron unos días y lo del libro de Coelho parecía que iba a quedar como una anécdota curiosa que se podría contar en una reunión de cumpleaños o Año Nuevo. Entonces, cuando apareció un segundo libro llamado *Manual del guerrero de la luz*, del afamado escritor brasileño, en la exclusiva biblioteca del maestro Gurría, no tenía duda de tres cosas: primero, alguien le estaba jugando una broma muy cruel al profe, al parecer lo conocía bien, sabía de sus debilidades elitistas; segundo, era muy bueno o buena escabulléndose, sin dejar rastro; tercero, Ezra y yo lo pensamos al mismo tiempo pero fue ella quien lo dijo en voz alta: «Es tiempo de colocar una sonriente camarita».

Al proponérselo a don Teo, éste aceptó a regañadientes. Era de esperarse que alumnas y maestro no estuvieran cómodos al saberse observados. Tampoco se podía apagar el equipo de vigilancia cuando *sesionaran*, pues el trato fue que permaneciera encendida la cámara el día completo para tener grabados todos los movimientos del espacio. No se podía desmenuzar a Descartes o Kant con ese ojo intruso en la esquina de una pared.

En dos semanas no pasó gran cosa: se descubrió que en una esquina de un librerito donde se guardaba la papelería había un nidito de amor, una pareja de ratitas cultas sa-

lía muy de madrugada para hacer sus travesuras. También se supo cómo ordenaba sus libros don Teodoro: los que trataban de la historia de la mafia, la *Cosa Nostra* (Puzo, Forgione, Saviano, Vallejo, etcétera), estaban colocados en la repisa más alta, casi pegando con el techo. En el nivel siguiente estaba la mitología nórdica, grecorromana, libros sagrados desde el *Popol Vuh* al Corán pasando por el *Bhagavad Gītā* y la Biblia en su edición Reina Valera. Otro espacio contenía únicamente su querida Enciclopedia Británica, de las últimas ediciones con treinta y dos tomos. La literatura rusa, la filosofía alemana, la literatura inglesa y el *boom* latinoamericano estaban en la penúltima repisa. En el estante final se encontraban las novedades y en el fondo de una esquina habitaba una caja de cartón donde estaban los libros que leyó, que jamás volvería a leer y que no merecían estar en su exclusivo acervo. Cuando tenía la caja llena de libros innecesarios iba al centro de la ciudad a negociar con dos vendedores de libros viejos que conocía. Hubiera podido regalar los libros a ese par que hasta le caía bien. Sentía lástima por ellos: tenían buena plática y parecían saber algo de literatura, pero eran malos para los negocios, por lo que al final se los vendía.

Los libros de Paulo Coelho que habían aparecido como por arte de magia, *Adulterio* y *Manual del guerrero de la luz* respectivamente, se encontraban nuevos. Parecía que nunca los habían leído. Sin líneas subrayadas, mucho menos *ex libris* o alguna palabra o número que a veces, por no tener dónde apuntar, se toma el libro de viaje o de ese momento. Nada que nos dijera algo del primer dueño.

Total, no había sospechosa o sospechoso de aquella

intromisión a la biblioteca de Alejandría. Una verdadera injuria intelectual introducir semejante material de lectura en un selecto acervo sólo comparable con la biblioteca de Babel y la ya mencionada biblioteca de Ptolomeo I. La paciencia de Teodoro Gurría Gil se terminaba.

Las ratitas dormían una sobre otra en arrugados papeles carcomidos y no oyeron nada. El maestro Teo tampoco, pues remató la noche con tres *whiskys* dobles Etiqueta Negra y un poco de Puccini. Mi novia andaba extraña, tenía un par de días que no nos veíamos. «Cosas de exámenes». Esa noche ella durmió encima de libros de historia del arte. La Garro había ido a San Juan Chamula a ver a su madre que andaba enferma. El equipo de seguridad estuvo encendido las veinticuatro horas.

Las volutas de polvo microscópico se observaban con detalle al inicio del alba. La única ventana que daba a la calle, el crepúsculo, lo permitía. Esto último fue lo único interesante que vimos de las grabaciones. Nadie entró, nadie salió. Ese día, a esa hora del amanecer, en mi casa, yo soñaba con Ezra y ella, al menos eso quería pensar, conmigo.

A las nueve de la mañana el profe abrió las puertas corredizas de par en par. Ya había desayunado con su hija. Estaban listos para las actividades de rutina: el padre a dar clases, la hija a recibirlas. El hombre fue al escritorio de la biblio para recoger un material de trabajo. Alzó la vista e hizo un paneo de derecha a izquierda, regresó la vista y se detuvo a la mitad; en la pared principal, la que le quedaba justo enfrente, repisa de en medio, entre *La Odisea* y el *Popol Vuh*, había un libro no muy voluminoso; extraño, no lo alcanzaba a reconocer. Se acercó lentamente y lo sacó de la rigidez vertical de los demás encuadernados.

El Alquimista había llegado. Y no cualquier *Alquimista*. Era una primera edición de 1988, en portugués. No dijo nada, no dio ni un grito. Se llevó el libro con calma, como si hubiera estado allí siempre. Tampoco se lo mencionó a Ezra.

Con el tiempo la cámara en la biblioteca fue desinstalada. No hubo otro libro que haya aparecido de forma misteriosa, por lo menos es lo que tengo entendido. Después del último incidente, bajaron las visitas femeninas del profe Gurría. Ahora era tolerante con su hija e inclusive me saludaba. A la Garro le empezó a decir «Mari».

Ezra seguía conmigo muy extraña. Una buena tarde me dijo el nombre y apellido de su raro comportamiento: Pierre Flament, un joven del programa de intercambio de la facultad de Ciencias y Artes, francés, de un pueblito cerca de París. Sobra decir lo atractivo que era. La última vez que supe de ella y de todo fue unos días antes de irse a Europa con el franchute: me daba las gracias, me deseaba lo mejor, que no le tuviera rencor; siempre me tendría en su memoria y jamás olvidaría la aventura inexplicable que tuvimos con su padre y Coelho. Me dijo también que el profe le había confesado lo de *El Alquimista*: que había conocido a una maestra de educación especial en una presentación de la Sinfónica Nacional que había llegado a la ciudad a ofrecer un concierto. El hombre sólo le llevaba ocho años a esa mujer, uno menos que a su exesposa. A la maestra Fátima le aburrió andar con jóvenes promesas de la intelectualidad y fue por una segunda carrera a la Ibero: psicología. El padre de Ezra decidió conservar esa primera edición de *El Alquimista* en portugués y le respetó el lugar donde apareció. Yo me quedé con *Adulterio* y *Manual del guerrero de la luz*. Parecía el fin del asunto. Nunca más los volví a ver.

La candente mañana en que Ezra Yolanda Gurría Meza viajaba en avión junto con su nuevo novio hacia la capital del país para transbordar hacia el Viejo Mundo, no quise rebajarme un solo instante ni al sentimentalismo ni al miedo. Observé la aeronave pasar en el cielo desde el centro de la ciudad. Aprovecharía, ya que estaba ahí, para visitar a esos dos librerías y ofrecerles las obras de Coelho para hacerme de unos pesos, ya que andaba quebrado. También noté que los espectaculares habían renovado no sé qué anuncio de campaña de un político aspirante a algún cargo donde chorrearía importancia. *Me dolió, pues comprendí que mi incesante y vasto universo ya se apartaba de ella: Ya no jugaríamos a burlarnos de la falsa pose de los personajes de la política en los espectaculares, ni de su padre o madre y su vejez viruela. Y ese cambio era el primero de una serie infinita.*

PREGUNTAS DE CULTURA GENERAL

No pensé que ella tuviera los ovarios. Se me hizo muy fácil no tomar en cuenta la demanda. Era la primera vez que desconocía el pasado; irónicamente soy maestro de historia.

Cuando me detuvieron salía de mi casa, llevaba bajo el brazo un libro sobre muralismo mexicano. Ya en la patrulla pasamos por la prepa en la que daba clase, de reojo vi cómo entraban algunos de mis alumnos que se quedarían sin saber quiénes eran Diego, David, Rufino y los demás.

Cuando entré al Cereso al segundo día, después de estar en la cárcel de la procuraduría más de veinticuatro horas escuchando a cuenta gotas burocráticas a la secretaria por lo que se me culpaba, el sol pegó con toda su fuerza e hizo un verdadero infierno mi entrada.

La celda que me asignaron era la número siete. El cupo era para ocho pero conmigo ya éramos diecisiete peludos que estábamos adentro. Al cabo de la cárcel le apodaban el Chabelo. Desde el principio me hizo saber que era un esclavo y si no pagaba la talacha –trescientos pesos– no me libraría de lavar baños y celda.

La primera noche no pude dormir. Estuve pensando en el escándalo que probablemente se armó cuando los alumnos y maestros de la prepa se enteraron que me habían metido preso. Esa noche se apareció la vergüenza mas no el

miedo. Todavía no me arrepentía de no pasar la pensión como marca la ley.

Al día siguiente el Chabelo me dio escoba y trapeador. El Morro y el Wini, que tampoco pudieron pagar la talacha, fueron por los panes y el frijol con rata que nos daban de desayuno. Chabelo y los otros sacaban la rata, relavaban el frijol, lo recocían y le agregaban plátano verde que la mujer del cabo le traía los días de visita.

Estaba barriendo colillas de cigarro cuando Chabelo encendió la radio y sintonizó su programa favorito. Se escuchaban canciones de José Alfredo y Aceves Mejía. El locutor, al final del programa, formulaba a los radio escuchas una pregunta de cultura general: «Ahora, amables amigos que nos sintonizan, por una licuadora de muy prestigiada marca con vaso de vidrio reforzado, la pregunta de hoy: ¿Cómo se llamaba la más famosa pareja de pintores mexicanos?».

«Frida y Diego», dije sin dejar de barrer.

«¿Cómo dijiste?, ¿estás seguro?», fueron las preguntas del Chabelo.

«¡Claro! –respondí–, Diego Rivera y Frida Kahlo; ¡soy maestro de historia!».

Entonces el cabo mandó a cerrar la puerta de la celda, fue a su piedra, buscó debajo de su colchoneta, sacó un teléfono celular y marcó a la estación. Respondió correctamente la pregunta. Su sonrisa fue la señal de que se había ganado la licuadora. Lo que hizo a continuación fue dar el nombre de su mujer, la dirección de su casa y colgar.

El día de visita, la mujer del Chabelo trajo la licuadora, sin abrir el empaque. Ya para ese día yo no lavaba los baños

ni barría la celda número siete. Ahora atendía la dulcería que puso el Chabelo en el patio de la prisión y cobraba la talacha de los de nuevo ingreso.

Creí ser ya uno los suyos. Todo un malandro. Chabelo empezó a abrir su licuadora, diciendo que ahora venderíamos jugos y esquimos a diez pesos. Un escándalo que venía del patio de la prisión le quitó la sonrisa.

El Wini vino corriendo, diciendo que los de Almoyita se estaban cruzando a nuestro patio con palos y machetes; vigilantes desde las torres estaban tirando gases lacrimógenos; las mujeres y los niños que vinieron a la visita corrían y lloraban.

Los que estábamos con Chabelo lo seguimos atrás del edificio, que era en donde se lavaba la ropa. Ahí había una cisterna. Chabelo mandó al Wini a que se metiera porque era el más chiquito y tenía cuerpo de *Winnie the Pooh*, de ahí su apodo. El Wini obedeció y empezó a sacar machetes y palos con puntas afiladas, que se escondían para estos casos.

A mí me dieron un palo que no tenía filo. El Morro empezó a juntar de volada las toallas de todos y a remojarlas. Me dijo que me la enrollara en un brazo a modo de escudo y que rezara un padrenuestro.

También imité al Chabelo. Me quité la camisa como él, como todos, y me la puse como tapabocas para aguantar los gases lacrimógenos. La mayoría lo seguimos al patio principal. Ahí estaban los presos de Almoyita, tratando de robar lo que podían y asustando a las mujeres.

Cuando vieron al Chabelo y a nosotros, se abalanzaron con gritos. Antes de la sangrienta confrontación, el Wini

alcanzó a decirme: «¡Ahora sí le vas a pagar a tu vieja!, ¿verdad maestrito?».

Ahí fue, en ese momento, donde por primera vez tuve miedo. El Wini tenía razón.

LA HORA DEL GARROBO

Quiso escapar a donde las iguanas se asolean en los parques; le súper latió que árboles de mango cundidos de fruto habiten en las plazas de aquella ciudad, regalando su néctar y muchas veces echándose a perder en la tierra o el asfalto (cuando por acá comprar un kilo de mango es todo un lujo). Quería huir hacia el calorón tropical desconocido para ella.

Cuando el Tractatus Tropirrollo aceptó la solicitud de amistad en su cuenta de Facebook de la Maga Talita y ésta comenzó a revisar su álbum de fotos llamado: «Pólvora y las iguanas», supo por dónde era la fuga. A los padres de la Maga mexicana –uno de Guanajuato, otro de Morelia, ahora dos chilangos con hija adolescente *dark millenium*– no se les ocurriría buscar por el sur, «perfecto culo del mundo», le diría ella en confianza, vía Skype.

Entonces lo empezó a saludar, a mandar caritas coquetas insistentemente por *inbox*. Tractatus antes de chatear en serio –porque una cosa es navegar como turista, buscando pasar el tiempo y otra es citarse a una hora en la red para platicar sin presiones, con ganas de contarse cosas– echó un ojo a los respectivos álbumes de fotos donde ella exhibía uno en especial, una trampa para tratadistas llamada «¿Y si encontraras a la Maga así?», donde se podían apreciar imágenes de ella en diminutas ropas negras, con poses su-

gestivas, presumiendo *piercing* en el ombligo y como fondo un enorme mapa de París.

También Tropirrollo le escribió en el chat con la seguridad que le daría en su ego que ella era una Maga más en el vasto universo de *groupies* del Cronopio, otra estrella en la galaxia.

Aunque después tuvo que bajar la guardia y aceptar que esta Maga, *mexican curios*, tenía muy buena pinta: el negro le quedaba de perlas, Oliveira no hubiera tenido palabras ni en franchute para describirte hermosa y cosas así, fue lo que le dijo por el Messenger el Tractatus Tropirrollo a la Maga Talita apresuradamente pero con buena ortografía. Tampoco se quedó con las ganas de ser atrevido (él había leído en un blog que ser atrevido y usar buena ortografía en las conversaciones de chat excitaba a las chicas), así que no dudó en soltarle que era de esas que tienen en un nicho a *Rayuela* sin haberla leído sin reglas o con ellas, remató diciéndole que como buena chilanga darketa no soportaría visitar el Edén con sus oscuras ropas, el calorón le sacaría el salpullido.

Por más que se vieran bien chidas las fotos del parque lleno de iguanas, rodeados de árboles y semillas de mango chupadas, tiradas por el suelo, ella no podría imaginar el golpe de calor a la hora del garrobo.

«No tengo clima —dijo Tractatus Tropirrollo- pero sí una hamaca donde haremos un capullo»; con estas últimas palabras, ya con los álbumes vistos con sus respectivos *likes*, ella terminó primero por refutarle que había leído *Rayuela* dos veces, una como sugiere el autor y otra con una lectura normal; aceptó que las páginas de la novela escritas en francés las buscó en la Internet traducidas

quién sabe por quién, también le confesó que era el primero que le hablaba así, sincero; le gustaba mucho que respetara los signos de puntuación, se notaba de volada a una persona culta y bien leída; también le dijo que estaba harta del frío y sus palabras la calentaban. Quería ir a conocer el sol sureño a la hora del garrobo.

Como ya mencionamos se confesaron vía Skype. Maga, de la capital del país, Tractatus, de provincia. Ella le dijo que vivía por la estación Mixquic, ya casi rozando el Estado de México, y él por la Pólvora, por el parque de las iguanas. Ella usaba chamarra negra y viajaba en metro; él con playera holgada de colores claros y un paliacate rojo en la bolsa trasera del pantalón, se movía en combis y *transa buses* donde sudaba con delirio de atún.

Llegaron al común acuerdo de no usar el estado «la Maga Talita tiene una relación con Tractatus Tropicirrollo». Las redes sociales serían lo primero en donde la familia buscaría cuando ella desapareciera muy temprano, rumbo a la TAPO para embarcarse en su primer viaje al sur. Ellos utilizaron la palabra amor desde el principio, y desde la primera videollamada se mandaron besos bien tronados. También se mandaron WhatsApp a cada rato con los más cursis íconos que pudieron bajar.

Nunca usaron sus nombres para llamarse el uno al otro. Él le decía «mi maguita de sonris» y ella simplemente «Amoros». Tractatus estaba harto de las rayue-ladas que le seguía diciendo en cada conversación o chat, pero veía las imágenes en *microfalda* negra de su Maguita y se olvidaba de lo recalcitrante que pueden ser las fanáticas del Cronopio.

Faltaban cinco días para que la Maga Talita llegara a la tierra de las iguanas. El Tractatus le había dicho en la última melosa conversación por Skype que si faltaba dinero para el pasaje, él se lo daría con gusto. Ella dijo que tenía ahorrado algo desde hacía tiempo, que no era necesario. Sin embargo, a sólo tres días del encuentro, ella mandó un WhatsApp diciéndole que todo parecía indicar que su hermano había encontrado el escondite donde guardaba los billetes. Había llorado toda la noche y cuando confrontó a su carnal, éste sólo se burló de ella. Él le dijo que no se preocupara, le mandaría el dinero suficiente a primera hora por Telecomm o por donde fuera conveniente. Así fue, a sólo dos días de la cita en el sur, Tractatus le mandó un giro de tres mil quinientos pesos con un recado: «Para que vengas en avión y la espera sea menos».

Al salir del telégrafo le mandó el siguiente WhatsApp: «Maguita de sonris, ya está el dinero esperándote en Telecomm; no olvides llevar una identificación. Te amo y te espero». A los diez minutos ella le contestó con un «gracias».

El Tropicirrollo no era rico, pero su trabajo de fotógrafo y diseñador *freelance* le daba para vivir decentemente; mandarle dinero de más para que su Maguita viajara en avión y no en bus, era una demostración de su afecto y confianza. Eso sí, le había parecido muy extraña una cosa, que el mensaje de su Maga fuera un simple «gracias». Ni un beso, ni un «Amoros». Él se dijo que tanto había impactado el mensaje a su Maguita que prácticamente la imaginó salir volando por su ventana a cobrar el giro; ya le mandaría mensaje al rato o él le hablaría más tarde. Para su tristeza, ese inolvidable y doloroso «gracias» fue el úl-

timo mensaje que recibiría el Tractatus Tropirrollo de la Maga Talita.

Al día siguiente un hombre calvo, barba de candado decolorada, fornido, con *piercing* en la oreja izquierda, fue a cobrar un giro a Telecomm. En la fila, revisaba en su *smartphone* que sus cuentas en las redes sociales estuvieran canceladas: así era. Al final apagó su celular para guardarlo en el pantalón ajustado. Con dinero en mano iría a comprar otro chip. Además ya tenían a otra chica asegurada en casa del Calaca, su compinche, violador y secuestrador. Desde la fila de la oficina de telégrafos le mandó un guiño a un afeminado empleado de la oficina; no había problema por mostrar credenciales falsas. Pensaba en la próxima sesión de fotos, en no pegarle en la cara a la nueva para que pudiera conversar por Skype. Después de cobrar el giro iría de compras a la *boutique*; tinte para el cabello, lentes ovalados, ropa negra y gris, tatuajes temporales. El hombre calvo, barba de candado y fornido pensó que a su nueva víctima la convertiría en hípster, fanática de Haruki Murakami, crearían un feis con el nombre de Midori Murakami69. «Esos pseudointelectuales son presas fáciles», dijo en voz alta y los que se encontraban formados en la fila lo voltearon a ver.

HISTORIA DEL MUCHO ANTES

Que nunca fuera a olvidarse de sus nombres, le había pedido la más vieja de su casa muchos años atrás, por lo menos más de quince años, antes de que Juan se ganara en su natal Chihuahua un viaje a la ruta maya gracias a una prestigiada cadena de hamburguesas y burritos.

«No se te vaya a olvidar», le había dicho la mamá grande, cuando Juan era muy joven, casi adolescente; él fingía no escucharle, se imaginaba las tardes en otra parte, con otra perspectiva del sol y lejos de su familia.

Las palabras de la abuela se fueron desvaneciendo en su memoria casi un instante después de que las pronunciara, absurdas, delirantes, sin ningún sentido para quien, inmerso en la contemplación de sus deseos y ansias de libertad, esperaba a la fortuna en la esquina con otro par de buenos para nada.

Muchos años antes, ciertamente, de que el joven norteco pero sin dinero llegara al trópico húmedo y fuera material exótico para las mulatas de aquella colonia llamada de las Barrancas, en donde quiso quedarse –abandonando la ruta maya y los burritos–, cuando comprobó semejante regalo del sur, siempre generoso e incomprometido.

Muchos años antes, eso sí, antes de que Juan empezara a socializar con los vecinos de su calle Revolución, donde una joven que trabajaba en el servicio doméstico lo adop-

tara y le diera alojamiento en su cuartucho mal oliente. «Me llamo Niágara Díaz y no te burles de mi nombre, vas a ser mío». Entonces el calor de esas tierras tuvo su justificación.

Mucho años antes, como los que le lleva un padre a su hijo, de que a Juan le pusieran el Chihua, pues ante la amistad que había nacido entre sus compañeros de chamba con nombres como Astro Boy de Dios, los gemelos Bosnia y Herzegovina Morales, y el que les daba chamba a todos en el mercado, Apolíneo de Jesús Corona, dueño de un local de carnes y embutidos, el nombre de Juan no tenía ningún sentido.

Una pila de años atrás, cuando las mujeres de los otros no resistieron las miradas del Chihua, su acento, sus atenciones, el primero en salir con el machete fue Apolineo, cachándolo huir semidesnudo por los ventanales del segundo piso de su casa. No pudo alcanzarlo, Apolíneo pesaba noventa y siete kilos; quiso correr con el machete tras él, pero se detuvo sin aliento en una esquina, tocándose el pecho, tirando el arma blanca.

El Chihua cayó en el césped del patio de los vecinos y pronto trepó las rejas para intentar huir; cojeaba del pie izquierdo.

Esto fue mucho años antes de que la vieja de la casa le dijera lo de los nombres, con la mirada encendida, como quien presagia algo cuando ve el cielo cargado de grises y luego te ve a los ojos; antes de que el querido nieto ganador de un viaje a la ruta maya, lo encontraran semidesnudo en uno de los callejones de la colonia de las Barrancas, con varias heridas de arma blanca en su abdomen. Al día siguiente hallaron a Niágara Díaz colgada del cuartucho que

rentaba por la mitad de su salario mínimo. El arma blanca ahí estaba, también había servido para cortar el mecate que compró para colgarse.

«Nunca vayas a olvidarte de tus nombres, Juan Nepomuceno Pérez Páramo», le había dicho.

AMANECER

Hoy llueve y se tenía que descomponer el portón eléctrico. Precisamente hoy llueve y tengo la cruda, el cuerpo de ella que me estorba y el pinche portón eléctrico descompuesto. Algo siempre tiene que salir mal. No contaba con los imprevistos. Pinche novato.

Compré el mejor *whisky* para que no hubiera negativa. Fue difícil emborracharla, siempre tuvo buen temple para la tomadera, ella decía que era por las pinches canciones de José Alfredo, esas malditas rolas la acompañaron desde siempre y la hacían más fuerte a la hora de beber. Ayer tomé a la par de ella pero cuando se descuidaba tiraba un poco de mi *whisky* al macetero o me servía más agua mineral que alcohol. Aún así no soy tan de buen temple como ella, me embriagué.

Cuando por fin la tuve ebria fue que saqué el mini bate de beisbol. Nunca me han gustado las armas. El beisbol sí. Batee su cabeza en la sala, en su sofá favorito. Cuando la tuve en el suelo desangrando, me acordé cuando mi papá me regaló este pequeño bate, arma criminal, para que ensayara mi *swing* en el patio. La madera es clara, se ha opacado con el tiempo, ahora se mancha de rojo por la punta.

Cuando la tuve muerta en la sala, apagué por fin al pinche José Alfredo.

El error fue que seguí tomando cuando ella estaba des-

angrandose. Tenía que relajarme porque volverte un asesino te llena de mucha adrenalina. Seguí tomando y el susto de la muerte a la que yo había llamado poco a poco se fue desvaneciendo. Me di cuenta que había silencio, entonces puse a Daft Punk. Quise pensar que a José Alfredo le hubiera gustado el dueto francés. También me acordé de mi padre, que le iba a los Azulejos de Toronto porque decía que en Canadá se vivía bien, sin problemas de inseguridad, que son muy cultos y adoran el beisbol más que los norteamericanos. Esta última afirmación del viejo nunca me la creí porque primera, no es cierto; segunda, mi padre tuvo un odio hacia los norteamericanos desde que mamá lo dejó por un gringo. Era comprensible y no le decía nada, sólo lo escuchaba cuando empezaba: «Tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos...»

En ese pensar etílico seguí bebiendo, caí dormido junto a su cuerpo inerte. La alarma del teléfono me levantó a las cinco y media de la madrugada. Me asomé a las ventanas, llovía moderadamente. No me dolía la cabeza y sonreí al saber que el gasto por las dos botellas Buchanan's Master había valido la pena. Envolví su cuerpo con bolsas para basura y lo metí a la cajuela del auto.

Y el pinche portón eléctrico falla. Me di cuenta cuando quise picar el control que reposa en el toldo del auto. Apreté el maldito botón tantas veces que la yema del dedo gordo estuvo enrojecida por un tiempo y con marcas del botón, una encima de la otra. He estado un rato en el asiento del auto con el motor encendido. Las palabras son las que me han relajado y no olvidemos el Buchanan's Master. Este resumen frío es para ella que ya no existe, para que su fantasma me escuche sin arrepentimiento. En el fondo

sabía que no iba a salir este estúpido plan. No es como en la televisión. He subido al auto la última botella con los últimos tragos de *whisky*.

Estuvimos viendo ese tipo de series durante años: *Se ha escrito un crimen*, *La reportera del crimen*, *Crímenes imperfectos*, *Crímenes millonarios*, *Chicos asesinos*, *Médicos forenses*, *Asesinos seriales*, entre otros. A la muerte le contagié el gusto por Agatha Christie y le dije que lo más seguro era que a la famosa escritora le hubieran fascinando estos episodios. También supo cómo me contagié del gusto por la autora de novelas policiacas: el día que se fue mi madre con el gringo, mi papá me dejó encerrado en su cuarto, que era el de mi madre también, sin decirme nada, aunque yo sí sabía lo que pasaba. Como loco salió en su búsqueda. Esa noche, sin nada que hacer, me puse a revisar el armario. Ahí encontré la colección de novelas de Agatha de mi madre, libros de bolsillo, económicos. Recuerdo las portadas de las novelitas, tenían un aspecto un tanto insano. Por lo menos eso me parecía a mí y, la verdad, todavía me lo sigue pareciendo. A veces eran recopilaciones de objetos que tenían relación con el libro, otras veces macabras imágenes que no parecían corresponder con la elegancia y *fair play* que destilaban esos asesinatos en medio de campañas inglesas o viajes por Egipto o el Mediterráneo, con gente que no se alteraba por nada y acusaciones que eran un ejemplo de buena educación. Pero las ilustraciones nos venían a confirmar lo que también nos decían las páginas: que detrás de la fachada de aparente urbanidad y civilización se escondían horribles y truculentos crímenes. Con el tiempo me leí todas las novelas que había dejado mi madre en su armario. Recuerdo que tanto como los libros en sí,

me gustaban sus portadas, a través de ellas trataba de adivinar el argumento de la novela (supongo que como todo el mundo) y así poder elegir cuál era la siguiente que me iba a leer.

Mi mujer se aficionó tanto como yo. Al final, comprábamos los periódicos con las mejores notas rojas y comentábamos a la hora de la comida los terribles asesinatos y los motivos de él o los criminales. Compartimos el gusto por el crimen tanto que tuvo que acabar así, en una mala copia de nuestras series o novelas favoritas. Nosotros no tenemos estilo ni delicadeza, sólo fastidio, tarjetas de crédito y un seguro de vida. Nunca vi que les fallara el portón eléctrico a esas series de televisión. Pero sí vi cómo te puedes suicidar en tu auto: Enciendes el motor, conectas una manguera como ésta al escape; hay que salir del auto. Así, ahora introducimos la manguera en una rendija que he dejado en una de las ventanillas traseras, las demás están cerradas. Entro al auto de nuevo, el motor hace lo suyo, tomo los últimos tragos del «*whisky* maestro». Según en las series de crímenes el envenenamiento por monóxido de carbono no produce dolor sino solo somnolencia. Quiero soñar con mi madre, estamos bebiendo *whisky* y hablando inglés británico; estamos leyendo, por fin, en el idioma de Shakespeare, las aventuras de nuestros héroes Hércules Poirot y la señorita Marple... Ella no fue un estorbo hasta el final.

COCO Y BONGO

Paranoico y alucinado por la mezcla de cocaína, penicilina y mezcalina, decido, con ojos casi alabastrinos, entrar al bar «El coco bongo».

Lengua todavía entumida, pido una Superior caguama a una de las chicas que atienden, la que lleva *putifalda* rosa. Treinta pesos, no hay problema; casa medio llena, ocupo la silla y una mesa de plástico a un lado de las meseras, ellas beben agüitas Bonafont a la espera de algún cliente que les invite una bien fría. Adentro de mis narices se escurre el veneno, siento en la paranoia que la sangre va a salirse de mis irritadas fosas nasales.

Parroquianos salen, parroquianos entran; en una de esas idas y venidas, arriban dos jóvenes guerreras: visten *shorts* ajustados de mezclilla y playeras estampadas. Las meseras a un lado de mi mesa comienzan una retahíla de miradas y mentadas de madre para las que acaban de sentarse al otro extremo de la cantina, donde yo me encuentro. La rockola nos deleita con El Buki y «Tu cárcel». Yo pienso que perras no comen perras. Por fin, una de las meseras a regañadientes se levanta para atenderlas. El sentimiento eléctrico invade mi cuerpo cuando bebo Superior.

Ahora entra a escena al que podemos llamar el Dandy o Juan «Camaney», Rey del barrio, Pedro «Navajas» o el Pípiripau. Lleva cadena de oro (al menos da el gatazo),

playera negra con estampado de un león blanco (obviamente, abajo del estampado, dice *White Lion*) y pantalón *Levi's 501*, pirata y ajustado. Camina entre nubes, su cabello brilla por tanto «Moco de Gorila». Mi paranoia por saberme observado va disminuyendo. La tensión de las perras y su domador se siente en el aire. Son ahora el centro de atención. La cerveza también hace lo suyo; poco a poco mi frente deja de sudar, mi cuerpo se va relajando. Más calmado, observo al Dandy que saluda literalmente a todas las mujeres que hay en la cantina.

Por fin una de las chicas de *short* de mezclilla se levanta y observo su redondo trasero, veo en toda su dimensión el por qué la envidia de las meseras. Llega hacia donde está la rockola y deposita unas monedas; selecciona de inmediato, sabe muy bien lo que le gusta y lo elige. Empieza a sonar Daddy Yankee y ella, poco a poco, con su contoneo, se acerca a Juan «Camaney», parece que la está esperando desde siempre. Él se levanta de su silla de plástico y ella empieza el perreo.

Las mujeres siguen atendiendo pero le dedican miradas de fuego a la pareja que baila para deleite de todos los presentes. Es la Reina del perreo y el Rey del barrio se deja querer. Ella le inclina el tremendo culo en un sube y baja impresionante, lo mueve y muchos ahí presentes empiezan a decir en voz alta «la batidora».

Pedro «Navajas» sólo mueve la cintura, como recibiendo el pastel con la cereza caliente. La coca, la mezca y la «peni» vuelven a mi cerebro al ver el movimiento de la mujer entregándose a su Pipiripau. No soy el único que se excita, una de las meseras no soporta más tanta chingadera y se olvida de que el cliente es primero y apli-

ca la que dice: nos reservamos el derecho de admisión.

Se lanza con todo contra la que anda perreando; la toma del chongo. Él ni se mete, es más, se aleja de las perras que empiezan a morderse. Me sale el alma de réferi y me meto donde no me llaman, en medio de la mujeres junto con el garrotero del lugar. Toco tetas y caderas, me aruñan; más que nunca siento el suelo de la cantina pegajoso por tanto escupitajo, percibo el aliento a vodka de la mesera (entonces no tienen agua esas botellitas de Bonafont). El olor de mujer sin perfume de una de ellas me hace pensar: de aquí soy y a mucha honra. Las huellas de la batalla también se ven en mi rostro. Las dos mujeres de mezclillas se retiran no sin antes insultar a las meseras y amenazándolas con que esto no se va a quedar así, al final a Juan «Camaney» le gritan puto. Él sólo sonríe, le vale madres y sigue tomando de su caguama de a pico de botella.

Ahora las meseras me atienden. Me dan de su botellitas de Bonafont, me preguntan si me duelen las heridas. Una me habla al oído para que lo vea el Pipiripau y sepa que la ha cagado. Me dice que ella sale a las dos de la madrugada y también le gusta el perico.

DAGAS DE COLOR ROSA

El frío descarado de los lujosos restaurantes siempre los hace reír. No se pueden estar quietos en sus asientos ni por un minuto. Nariceos, murmulos, ruidos extraños. Se colocan las servilletas en todas partes menos en las piernas. Livier y Cacho presumen ser una pareja de asteroides que siguen un mismo curso, a veces chocan, salen chispas, les echan la culpa de todo esto a sus padres y a las películas clase B.

Ahora están con los papás de Livier. Los han invitado a almorzar al restaurante de la manzanita, es la clave de Livier y Cacho para referirse al innombrable lugar. Tiene calificación de ocho para Fabiola y Richi, los respingados padres de Liv.

Hemos caído con el viejo truco del prisionero Wookie, confiesa Cacho. La madre de Livier se disculpa por decirles que tenía que hablar con ellos de un problema serio con Richi. Esto no es cierto, Fabi y Richi están bien, aunque Liv y Cacho lo duden. En realidad querían verlos a ellos para saber cómo están, después de todo lo que pasó quieren estar más cerca.

Livier quiere saber si las reglas de etiqueta permiten en la misma mesa pasta color azul y vino rosa espumoso. Cacho le responde: «si ella va a pedir eso, entonces quiero una chela, hay mucho calor». Richi dice: «muchachos

esto es serio». Livier se burla: «ha hablado Richi» y la joven pareja estalla en carcajadas.

«Livier, sé que desde hace tiempo nos hablas por nuestros nombres pero soy tu padre, te lo recuerdo». Los chicos bajan la cabeza pero siguen riéndose.

Todo el fuego está allá afuera, en esas rampas de la historia, en esos helados para el bajón. En la ceniza sagrada de los reventones. En todo eso reina un ambiente de arrugas prematuras. Ha llegado el menú. Qué mal servicio. Ni siquiera hay cubiertos.

«Esta mesa no estaba lista cuando nosotros llegamos y ya no había nadie; ¡qué mal ha caído este lugar en los últimos meses!», se queja Richi y manotea en el aire. En varias ocasiones Livier le ha confesado a Cacho que en el clóset de su padre habita una loca operada. Él se acuerda de esto cuando lo ve criticando al jodido restaurante con lo que él llama «el manoteo sagrado».

En estas cenas familiares se encuentra prohibido usar el celular, iPod, iPad, MP3, PSP, y cualquier artefacto que los aleje aún más del juicio con aire acondicionado y especialidad de la casa. Aun así, el disco duro, virulento, que trae integrado este par desde hace algún tiempo a sus cerebros, les impide concentrarse en las palabras de los adultos de tiempo completo. Pero hay un momento en que prestan atención.

«Muchachos, saben que los apoyamos al cien por ciento, pero estamos en tiempos de crisis y hay que apretar el cinturón. Estamos pensando en rentar el departamento». La voz de la madre es de un tono más arriba, se escucha más seria y espera respuesta. Livier y Cacho se quedan viendo antes de decir al mismo tiempo: «¿El de nosotros?»

«Miren, pueden vivir en la casita de servicio, ya ven que sólo tenemos ahora a doña Tina, que ya tiene su crédito Infonavit; sólo que no hagan tanto ruido y no se enfiesten demasiado...»

«¡Pero pagamos la luz, el agua, el cable, el internet, no tenemos problemas con los vecinos!». Livier alza la voz y Cacho se ha hecho cachito, diminuto, no quisiera estar ahí pero ahora es un cero a la izquierda. No puede evitar sonrojarse por saberse un gorrón, conchudo y mantenido.

«Sólo en esa ocasión que llegó hasta la ambulancia...». La madre suelta la víbora y llama al camarero. «¡Me vas a recriminar eso toda la vida! Bueno, me quieres cerca aunque sea con él, tienes miedo de que lo intente de nuevo, *OK...*» «Sí, como siempre tienes toda la razón, hija querida».

Y lo intenta una vez más: «¡A mí ya me van a dar más clases en la Harmon! ¡Cacho va a diseñar una importante revista y le pagarán bien! ¿Verdad?»». Cacho es un duende que juega entre enormes panes con mantequilla. La decisión es rotunda. No queda más que apechugarse en sus respectivos asientos.

La familia pide, no necesitan mucho tiempo las cartas, ya saben qué ordenar. El mesero es un novato, apunta presuroso y dice buenas tardes. «Es la última vez que vengo, se los juro». Richi golpetea con los dedos la mesa, suda un poco a pesar de lo frío del clima; lo irritan también sus ansias de fumar.

Ahora a Livier le caen algunos veintes. Ya sabe por qué no se fueron de vacaciones en Semana Santa, por qué Fabi está repitiendo la bolsa Versace de la temporada primavera-verano del año pasado, y Richi no tiene la nueva versión del iPhone.

Cacho es una estatua y sólo espera la comida para hundirse en ella. Livier se ha quedado pensativa y admira los corazoncitos, los cupidos amarillentos que han quedado en el restaurante este último día de febrero. El mesero ha regresado con los cubiertos.

Empieza a repartirlos, traen una servilleta que los cubre. Cuando Livier destapa los suyos empieza a sonreír. Luego suelta pequeñas risitas, ora una carcajada. Cacho los mira y empieza a reír, dice: «¡no mames, Liv, no mames!»

Por fin Livier mira a los ojos a sus padres y les dice entre risa y risa: «La otra noche soñé que me daban ganas de suicidarme otra vez, pero ahora estaba en casa, en el baño de la casita de servicio... Y ya no eran chochos, tenía un cuchillo color rosa».

Por mes del amor y la amistad el restaurante ha estado sirviendo cubiertos de mangos rosas. «¿No me habías dicho, mi querido Cachito de amor, que iba a parecer una suicida con mucho glamour? ¡Mira!, ahora tengo varios cuchillos rosas por si fallo». Cacho sonríe, al fin y al cabo están en esto desde hace más de un año, pinches veintes alborotados.

«No te preocupes hija, en nuestra casa no hay cuchillos rosas...» «¡Déjala, Richi, prefiero seguir teniendo hija viva que un dinero extra!, que sí, nos serviría de mucho, pero de hambre no vamos a morirnos, sigan en su depa, yo esperaré a que se les acabe la calentura».

Livier y Cacho no se vieron en ese momento pero hicieron una mueca en el mismo segundo después de dicha la última palabra de doña Fabiola. Cuando el mesero llega con los platillos al fin están quietos, con las miradas como de quienes han enmendado muchos desastres.

NARANJAS PARTIDAS

I

Era la madrugada y todo se encontraba arropado por el cansancio y los sueños. Descalzo fue al cuarto de sus padres. En la cama, los dos emitían estruendosos ronquidos y se daban la espalda para acurrucarse en sus respectivas almohadas. El pantalón de papá estaba en el suelo, a orillas del lecho. A gatas llegó a la prenda. Metió una de sus delgadas manos a las bolsas hasta encontrar los billetes.

Ya de nuevo en su cuarto se calzó con tenis, el *jeans* percutido qué más le gustaba y su gorra de los Olmecas. Mochila al hombro que en su interior contenía un sándwich y una naranja dulce pico de gallo.

Eran las tres de la mañana cuando salió de casa. Eran las tres cuarenta y cinco cuando el autobús de segunda partía rumbo a Huiman. Cuando llegó se fue caminando hasta la hacienda.

Tiempo había pasado cuando fue con su madre. Aun así se acordaba perfectamente de cómo llegar. La señora que vendía las naranjas agrias seguía allí; en ella no había pasado el tiempo.

Se formó en la cola en espera de la enana. Cuando pasó en aquella madrugada era la misma mujer de hace años. Con los ojos en el horizonte, perdida, caminó junto al

joven y le dijo treinta y cuatro. De inmediato le vino un recuerdo: era el mismo número que les había tocado esa primera vez con mami.

Cuando le tocó su turno, la enana iba delante de él; cruzaron el camino con palmeras a los lados, empezaba el amanecer. Llegaron lentamente a los arcos de la hacienda, cuando atravesaron el gran portón varias habitaciones los esperaban al fondo, antes una gran sala de madera. En las paredes colgaban fotos del hombre del mostacho, salía en todas acompañado con actrices de la televisión y cantantes como la Tesorito y Verónica Castro, que eran las artistas más frecuentes en las imágenes.

Dejaron atrás las primeras puertas abiertas, en una observó de reojo a una gallina en un círculo rojo. Poco a poco se impuso una luz opaca, mortecina, gris, que salía de la última puerta.

Tenía el kimono color vino. La mesa era más grande desde la última vez que la vio; libros negros de pasta dura con grabados de figuras monstruosas. La foto de su gran maestro estaba en la entrada de la oficina: un hombre negro, altísimo, con un afro hacia arriba cubierto con bata color zapote.

— Acércate —dijo el del bigote, que seguía sin admitir una cana. Nuestro joven se sentó en una silla morada con gárgolas en los descansos. «Esto es nuevo», pensó.

Se quedaron mirándose el uno al otro unos minutos. Primero fue una mueca, una sonrisa, luego el también nigromante volvió a dirigirla la palabra:

— Sé a qué has venido.

Unos días después de que El Chichonal cubriera de cenizas la ciudad, le empezó la fiebre y el dolor de anginas. Su madre dijo que todo era culpa del volcán. La ceniza poco a poco se fue barriendo, pero la enfermedad seguía en el niño. Ni doctores ni hospitales privados menos de gobierno, nadie ni nada podría bajar esa fiebre que trajo la ceniza.

El brujo tenía su hacienda en Huimanguillo. La comadre que le dio la dirección le mencionó que debería irse de madrugada porque la cola de enfermos al mediodía era inmensa. Para el camino se llevaron unas naranjas agrias porque así lo sugería el brujo a los pacientes infantiles.

—Así se lo lleva en ayunas, a pura naranja agria —dijo la comadre.

«Los Framboyanes», se leía arriba del portón de la hacienda. Ancianos y niños predominaban en una larga fila que doblaba la esquina. Una señora ofrecía bolsas de naranja agria a veinte pesos. Llegaron a las cinco de la mañana. Cuando les tocó el turno eran las diez; el niño pedía comida de verdad, nada de naranjas agrias.

La enana zombi, ayudante de toda la vida del médico acupunturista, era la encargada de repartir los números; los decía en una voz alta y ronca, a un lado del paciente en turno. Los niños ocultos en las faldas de sus madres la miraban de reojo a través de las telas de colores. Treinta y cuatro era el número. El pequeño con ojos cerrados se quedó en su fiebre que empezaba a subir de nuevo, tosió y quiso pensar en curarse para levantarse e irse a comer un *Banana Split* como le prometió su padre, quien fue el que

le dijo que así se llamaba ese menjurje de helados, guineos y galletas selectas.

Pasaron a consulta un poco más de las diez. El niño olvidó el hambre al ver la enorme hacienda como una gigantesca roca donde vive alguien malo. Las altas puertas y los largos pasillos le parecían demasiado aburridos y con poca luz. No se podía correr a gusto, por ejemplo.

Le habían dicho a la criatura que era un doctor diferente, en vez de estetoscopio y bata, usaba agujas y gabanes de colores.

Los gabanes coloridos no era problema, pero ¿para qué las agujas? El niño sintió miedo y quiso salir corriendo de ese espantoso lugar.

3

Lo que recordó siempre fue ese intenso olor a viejo. Un aroma que no pudo desprenderse en los siguientes años de su vida. La emanación que lo alertaba era incienso con otros aceites, pero el pequeño desconocía los efluvios.

Toda la habitación estaba impregnada de ese olor nauseabundo, empalagoso, que abría en las fosas nasales un silencio de muchos años.

Pero cuando entraron a la habitación se encontraron con el guarda agujas. El olor a viejo se hizo más intenso. La luz cambió de color, de pronto era mortecina, de un rojo oscuro. Empezaron a brotar de las paredes cabezas disecadas de animales de mirada perdida, según él recuerda, ahora, con el chipi chipi mojándolo, refugiándose en el mausoleo de mármol blanco, el único del cementerio de

Huiman, imágenes de santos de diferentes razas y con signos extraños, repisas de madera, lugar de frascos multicolores de diferentes tamaños que contenían insectos, fetos, serpientes. Y en la mesa una pila de libros negros, una foto familiar.

Recuerda haberse escondido en las faldas de su madre una vez más.

—Así que este es el jovencito, pásale hijo, mira, ve a ese cuarto, quítate la playera y acuéstate en la camilla.

—Yo lo ayudo —dijo la madre.

—No —respondió seriamente el brujo—, deja que él lo haga, ya está grandecito.

Tenía nueve años; el aroma a limpio que siempre tuvo su madre lo sintió tan real cuando se acordó que la dulce mujer se acercó para darle un beso y decirle que lo esperaba afuera.

Ya en la camilla con el pecho desnudo, observó que en esas paredes no había animales disecados. Cuando el brujo entró, le dijo: «relájate». Sin embargo los nervios en el niño aumentaron. Cuando el nigromante y acupunturista insertó las primeras agujas en la garganta, las lágrimas empezaron a brotar y las piernas empezaron a moverse solas.

El brujo ni caso le hizo. Terminó de poner los agujones y salió del cuarto. Los pinchos en su cuero no dolían, la sensación de estar en otro cuerpo lo invadió, de pronto vio cómo lloraba frente a un cementerio.

Cuando le quitó los alfileres, él le dijo: «regresa a las enaguas de tu madre». Así lo hizo. La madre se despedía del guarda agujas, besándole las manos; éste le dijo que no se preocupara, su hijo nunca más sufriría de las anginas.

—Y tú, chamaco —remató el del gabán de color—, a

ver si te portas más hombrecito, ¿a poco así te vas a poner todo tembelecoso, cuando le quites el calzón a la chamaca?

El niño soltó el llanto, se aferró aún más a la falda de su madre: ésta se reía y decía: «¡Ay, qué doctorcito!, gracias, hasta luego».

Ahora en el mausoleo de mármol, a los treinta y tantos años de su vida, le lleva unas flores. Nunca más se enfermó de la garganta. Pero cuando entró a la secundaria y conoció a Berenice, las piernitas le empezaron a temblar. Y cuando estuvieron por primera vez solos, en casa de la solapadora amiga de Berenice, él no pudo con ese cuerpo joven. Mas, en la segunda y tercera, sucedió lo mismo. La cuarta ocasión Berenice dijo esa frase que a todo hombre le causa un gran escozor: No te preocupes.

Por eso fue a verlo solo. Sin el permiso de sus padres, robándole el dinero a papá. «¿Qué me hiciste?», fue lo único que le pudo decir. Recordó que el hombre de los gabanes empezó a frotarse las manos, se dirigió hacia donde estaba y le puso las manos en la garganta. Un fuego helado recorrió todo su cuerpo.

Hoy, en esta tarde, el brujo duerme en el mausoleo. El visitante le trae la flor de los framboyanes. Su hija lo acompaña, no le importa lo que hace su padre. Ella salta de tumba en tumba, hace caso omiso de la recomendación de su progenitor de refugiarse del chipi chipi que está cayendo. La pequeña Berenice es hiperactiva.

EXODUS

Pasó todo el día en la tienda de oxígeno. Al anochecer salió hecho un don Juan de pecho alto. Las canas se volvieron grises, la columna torcida que lo hacía ver encorvado le dio una recta pausa; las arrugas disimularon su presencia en su rostro y se ocultaron bien con ayuda de la oscurana.

La tienda de oxígeno le daba unas horas para darse un paseo por las calles del placer. Buscaba el trato de esas mujeres que se anunciaban en la última calle del pueblo como «las que no necesitan prólogo y epílogo», mujeres que siempre se le acomodaron; nunca pudo tener una relación estable con una sumisa o una que buscara hacer familia. En la última etapa de su vida las mujeres sin prólogo y epílogo fueron para él madres, amigas, confidentes y consejeras.

Ellas ya le habían dicho que una noche no las encontraría. Él no les creyó. Esa mañana en que se desnudó para entrar a la tienda de oxígeno, estuvo soñando mientras en su cámara le suministraban aire de los vientos monzones. Tan relajado estuvo que soñó esa noche que las perdía a todas, se vio llorando en una calle desierta, como un niño que se ha soltado de las manos de sus padres y se encuentra perdido en una feria.

Cuando no encontró la calle volvió a regresar pensando que con la emoción había pasado de largo. Cuando se dio

cuenta que en realidad la calle de las mujeres sin prólogo y epílogo había desaparecido mantuvo la calma pero poco a poco el llanto y la impotencia invadieron su cuerpo e hizo un pequeño berrinche en una calle sin nombre a altas horas de la noche.

Era el día marcado. El pueblo se había quedado sin lupanares. Lo que el pastor de la congregación del pueblo profetizó se había cumplido. Las putas habían desaparecido con algunos hombres infieles. Mujeres con hijos habían quedado abandonadas. Era el castigo de un pueblo pecador.

En las primeras horas del nuevo día del orden local, el viejo caminaba arrastrando los pies por las calles que apenas comenzaban a barrerse; ya se le notaba que le faltaba su tienda de oxígeno; su blanco cabello combinaba con su saco *beige*, se encorvaba con cada paso y en las esquinas tenía que pararse para tomar un nuevo aire.

«¿Por qué no me llevaron?», se preguntaba en cada esquina y se echaba un suspiro.

En uno de esos cruces que hacen las calles cuando se encuentran salió una anciana. Lo vio tan triste que la mujer le dio una palmada en la encorvada espalda. «Ánimo, a mí me dejó mi viejo por unas mujeres que ni saben a qué hora le toca su pastilla; ¡vamos!, mejor acompáñame al mercado y ayúdame a escoger buenas verduras para la comida...»

Supo que esa mujer tan grande como él fue su amiga en la infancia pero no se lo mencionó en el camino al mercado. No hacía falta, ella también lo sabía. Con paso lento los dos viejitos pasaron por la capilla del pastor que se encontraba a un costado de la tienda de oxígeno. El anciano nunca se había percatado de tal cosa. Cuando pasaron

justo enfrente de la capilla alcanzaron a escuchar al pastor decir por micrófono a sus feligreses: «Lo sagrado guarda siempre silencio».

LA ÚLTIMA TARDE JUNTAS

Qué se haga llamar el Mil batallas o Mr. Disidente en las redes, me viene valiendo madres; lo único que no me gusta es que llegue con esa actitud de mamila intelectual.

Fue lo que le dije aquella vez a Uva Kamila; estaba junto a mí. En aquella ocasión fuimos a casa de la Dalia roja. El plan era convencer a Dalia que le diera otra oportunidad a su exnovio, Lencho. El pobrecito estaba tan despedido que al separarse de su «Amor en rojo», como la llamaba, se llevó la cuenta y contraseña –él la pagaba – del HBO GO.

Le dijimos a la Dalia roja que Lencho era un buen muchacho, que le diera una última oportunidad, ponerlo a prueba; por lo menos hasta el final de *G.O.T.* que estaba muy próximo. En realidad yo no veía la serie pero por solidaridad con las chamacas, puse mi cara de perrita faldera y pedí el perdón para el pobre Lencho al que había visto un par de veces nada más.

Ella esperó varios minutos para decir algo. La Dalia roja se acomodó su tocado de bugambilias que adornaba casi siempre su cabellera rojiza; pidió de favor a su mejor amiga que ya estaba cuando nosotras llegamos, la Dummy, que tomara su iPhone y buscara el número de Lorenzo.

La Dalia roja tomó su iPhone para escuchar a Lencho

rogar por una última oportunidad. Uva Kamila aprovechó para preguntarme si quería unirme a su proyecto de cumbia-punk-existencial con el *güicy* que se hacía llamar el Mil batallas o Mr. Disidente.

—Es ridículo que alguien se haga llamar así cuando en realidad es un niño llorón que se queja de su existencia con cualquiera; y tú quieres hacer algo creativo con una persona así. No sé quién está más enfermo.

Kamila iba a responderme pero la Dalía roja se levantó de su sillón carmín para anunciarnos algo, con esa voz de palabras pausadas que había copiado a su señor presidente. De hecho, desde que la conocí, afirmaba ser de la misma tierra tropical que su admirado político, pero muchas de las chamacas me habían dicho que la Dalía roja nació en un multifamiliar de ciudad Nezahualcóyotl.

—Bueno, he dado una, una última oportunidad. Viene con disculpas de olores y sabores. Quédense por favor, vamos a degustar vinos, pastas y lactosa fina.

Quería escuchar lo que me iba a decir Uva Kamila, pero cosa rara, la Dalía roja le pidió que revisara su cuenta de Instagram cuando ese honor siempre era para la Dummy, que hasta tenía acceso a la contraseña para responder cuando fuera necesario. En la cuenta @ladaliaroja checamos cuantos *likes* tenía la última foto que se había subido a la red social, llevaba cuatrocientos *likes*. Ella aparecía con sus clásicas bugambilias en la cabeza, de fondo había una enredadera con luces amarillas. Era la parte de un lujoso restaurante donde uno de sus admiradores la había invitado recientemente a cenar.

Según ella, no se acostaba con ninguno de ellos, sólo con Lorenzo, que era el oficial y el que más ganaba en las

plataformas por ser el más preparado. Sí, la Dalia roja coleccionaba enamorados que trabajaban en Petróleos Mexicanos.

Lorenzo no tardó en llegar con queso holandés y botellas de vino blanco chileno: Viña de Undurraga, la debilidad de la Dalia roja.

—Cualquier chileno es mi favorito —nos apagó un ojo—. Y los holandeses se me derriten en la boca.

Todas teníamos qué reír.

Envinada y erizada de queso holandés, Uva Kamila empezó a soltar lengua y corazón:

—¿Quién es la Dalia roja? ¿De qué recoveco de mis entrañas salió este ser, mitad mujer, mitad quimera? ... ¿Por qué, donde mire, la veo? Tengo que controlar a estos perros del amor para no comérmela. ¿Lees todos los comentarios de su Insta? Son unos cerdos. Ella ni se inmuta. No les contesta. Con nosotras, ya sabes, nos comenta con orgullo. En el fondo le gusta. Y eso me excita un chingo. Pero bueno, oye, apóyame con el proyecto de kumbia-*power*-existencialista.

Lorenzo, el petrolero más estudiado, “morenito y educado” decía la Dummy, estaba siempre vestido de camisas Polo; un tipo de colores pastel. Esa vez había llegado de azul crema y sus clásicos Dockers café con leche. Se encontraba de rodillas, manchado sus queridos pantalones, a las piernas de la Dalia roja, que, en su sillón carmín, con la mano derecha, le acariciaba el cabello rizado.

—No insistas, Uva. Ese *güey* me cae gordo. Siempre se queda viendo mis tetas cuando me dirige la palabra. ¡A los ojos! Yo sé qué le ves: el pinche dinero que ni suyo es, sus papás son los del varo.

—Ayúdame a exprimirlo manita. Cuando tengamos nuestro propio equipo lo botamos; sólo ayúdame para que el estado creativo no sea tedioso e insoportable... Quiero tocar y que la Dalia roja vaya a verme, a vernos.

—Lo siento. Yo no me presto a esas cosas, Uvita.

Entonces vi a la Dummy recostada en todo el sofá. Jugaba con el iPhone de Dalia. De pronto empezó a tomar fotos con el dispositivo a la escena de adoración de Lorenzo.

Uva y yo estábamos sentadas en la alfombra gris. Yo no vi cómo ni de dónde, don Lorenzo sacó una pequeña daga y la clavó en el estómago de su amor en rojo. Uva Kamila, que sí lo vio, dijo que había observado cómo don Lencho abrió los primeros botones de su Polo para sacar el arma de su pecho; de alguna manera la tenía pegada. La Dummy siguió haciendo *click* y capturó para la historia exactamente el momento donde el petrolero incrustó el metal en el cuerpo de la Dalia roja. Ella lo tomó de los cabellos, su última mirada fue hacia los ojos del atacante con expresión de espanto. La sangre brotaba y contrastó con su blusa de seda blanca.

—¿Qué has hecho, Lorenzo? —alcancé a decir, nerviosa.

—Eso es por engañarme, ¡Putra Roja! Conmigo no se juega.

Uva Kamila puso el grito de dolor, mientras, la Dalia roja palidecía.

Estas fueron sus últimas palabras:

—¡Dios, qué hermosa es!

Se había manchado los dedos de las manos con su propia sangre. Entonces perdió el conocimiento.

Lorenzo, trastabillando, buscaba la salida. Uva Kamila

corrió tras él. Se colgó a su espalda por un momento; le gritaba. Como pudo se la quitó de encima y salió huyendo.

Todo esto lo grabó la Dummy, con sonrisa diabólica.

Asustada, tomé mis cosas y salí también corriendo. De reojo vi como la Dummy se introdujo al cuarto de la Dalia roja dispuesta a robarle joyas y dinero. Uva Kamila fue la única que se quedó a llorarla. Ella hizo la llamada a la policía.

Me buscaron. Al final declaramos. Uno para señalar a Lorenzo como responsable del asesinato de la Dalia roja. Era un prófugo. Hasta la fecha no lo han encontrado, muchos dicen que ha cruzado ese gran charco que divide a nuestro planeta del viejo y nuevo continente.

También acusamos a la Dummy como responsable del robo de joyas y dinero de la difunta amiga, de subir fotos y vídeos del momento en que con alevosía y ventaja, Lorenzo comete su crimen. La muy desgraciada creó una página para exhibir a la que siempre le tuvo envidia. La policía tardó, pero pudieron bajar la página. A ella tampoco hasta la fecha la han localizado. Uva y yo sospechamos de la complicidad Dummy-Lorenzo.

En la cuenta de Instagram @ladaliaroja se subió una sola imagen, la más famosa de esta tragedia. Con filtros y todo, la Dalia roja a punto de muerte admira el color de su sangre que corre por sus dedos. Ha tenido hasta la fecha más de un millón de *likes* y ha sido compartida miles de veces. La fama que siempre buscó en redes sociales por fin era un hecho digital.

LOS IMPOSTORES

Al mismo tiempo, en diferentes lugares y con dos horas de diferencia, un par de embusteros ingresan a escena. En Nueva York, Estados Unidos, un falso Mick Jagger hace su aparición en el bar Spirit, es el notorio barrio Chelsea.

En Villahermosa, Tabasco, México, un doble de Chico Che se introduce al congal El tamarindo, es la popular colonia Tamulté de las Barrancas.

El imitador de Jagger, con algo más de peso y unos años menos, es recibido por la gente del bar y le dan trato de VIP. El aparente Chico Che, con menos panza y más años encima que el original es recibido con chiflidos por parte de los parroquianos y besos tiernos de las bailarinas del turgurio.

Es sábado por la noche y la falsa Satánica Majestad comenta a la gente que se le acerca incrédula que ha viajado en su jet privado a Nueva York desde Ohio tras ofrecer un concierto. El apócrifo Chico Che comenta a sus amigos del tubo que ha llegado desde Cárdenas en su combi donde los solicitaron para amenizar una boda.

El club colma de atenciones al ficticio líder de The Rolling Stones, que incluye bebidas gratis y un guardaespaldas. El gerente de El tamarindo le manda una cerveza al fingido vocalista de La Crisis y un mensaje que lleva la mesera que dice «entras en cinco minutos».

El impostor de Jagger también tiene una gran boca, lleva la clásica melena en capas, tinte castaño, pantalones negros ajustados, y un saco azul fuerte. El que se hace pasar por Chico Che lleva el clásico overol azul, playera amarilla, lentes tipo Ray-Ban, bigote a la Infante, larga cabellera negra y en capas.

El Mick de a mentiras se divierte en el club, admiradoras lo rodean y nadie duda que están ante el original líder de una de las bandas más importantes del planeta. La ilusión del hombre del overol se encuentra con la bailarina que más lo quiere; todos ahí saben que ése no es el verdadero vocalista de uno de los conjuntos musicales más importantes del país. Todos saben que Chico Che hizo el viaje que todos haremos algún día de estos.

El falso Mick le dice al guardaespaldas que se siente agobiado por la gente, las cámaras y necesita irse. El doble de Francisco José Hernández Mandujano le jura a su bailarina favorita que ella es la única mujer en su vida y que es hora de subir a escena. Antes de marcharse, el impostor de Jagger se encierra diez minutos en el baño de mujeres con tres admiradoras. Antes de subir al cadalso donde amenizará la próxima hora a los parroquianos de El tamarindo, el apócrifo Chico Che se encierra unos minutos en el camerino con la bailarina de su vida.

Demasiado tarde, empleados del club Espirit se dan cuenta que han servido por una hora tragos gratis a un impostor tras ver una fotografía en una revista y comprobar que el cliente distinguido al que acaban de atender es más joven y con más carnes que el vocalista de The Rolling Stones.

Demasiado temprano acaba la participación del clon de Chico Che. El gerente de El tamarindo le dice: «No tienes

la voz ni el ángel del original, mejor vuelve a tu combi y dedícate a trabajar en el transporte público, lo que sabes hacer bien».

Los guardias del club Espirit salen a la calle con la esperanza de encontrar al embustero. Las calles del barrio Chelsea están llenas de turistas y de la comunidad gay que ha hecho del suburbio su hogar. Ni una señal del impostor.

El imitador del líder de La Crisis espera a su chica a que haga su número en la pista. Cuando ella baja espera a que se cambie y los dos salen de la mano hacia la combi. Ella le dice que no se desanime, ya habrá otro lugar donde pueda rendir tributo a su ídolo. Él piensa en trabajar el lunes, con su combi en la ruta vía Méndez. No faltará algún pasajero que le diga «oiga, usted se parece a Chico Che».

ESCUPITAJOS DE CANTINA

*La palabra no es etimología
sino puro milagro*

Ramón Gómez de la Serna

Valemos «vértebra» como nación al no dar buenas botanas gratis en todas las cantinas del país y, sobre todo, en nuestro terruño; aquí ni limones te sirven, tienes que pedirlos y con mala cara te los lleva la mesera. Por eso dicen después que los tabasqueños somos unos culeros —y escupe en el suelo—. Sólo la hermana república de Merida, Yucatan, tienen esa hermosa tradición de los botaneros, rica botana, oriunda del lugar: relleno negro, papadzul, cochinita pibil, sopa de lima...

Mira mi sangre, cuando yo sea millonario ¡*tas* loco! Iremos en yate a buscar una tonelada de la verde primavera. A nuestro bote —porque no solo será mío, aunque yo lo compre — lo bautizaremos la Pachequísima. Cuando yo me vuelva sicario, mi sangre, ¡*tas* loco! no trabajarás más vendiendo esos pinches libros polvorientos, que nadie quiere más que tú. Viajaremos a bordo de la Pachequísima con soberbias nalgotas, estás loco mi sangre...

¿Así que eres escritor? Entonces hazme un corrido, a mí me gusta que me digan el Escorpión. Vieras qué cla-

se de veneno tiro. Sí, yo soy narco, esa música que suena en la rockola habla de mí pero con otro nombre. Yo quiero que me escriban una que hable del Escorpión de Gaviotas, tirador de la buena, amigos de los amigos, parte madre de sus enemigos, que aguanta vara si lo tuercen los sapos. Dime el Escorpión, pero ¿no que eres escritor? Deberías estar apuntando mi nombre y todo lo que te digo: «Es-cor-pión». Oye, préstame para pedir otra. Sí, soy narco, pero ahorita no traje mis pacas de billetes, en esta cantina hay mucho sapo y orejas. Pero sí soy el Escorpión, apunta pues...

Panuchos yucatecos, ceviche, huevos motuleños, queso relleno, pescado a la *tikin xic*...

Fíjate que el otro día soñé contigo, carnal. Estábamos en esa esfera nebulosa de la onírica tridimensional. Me diste las llaves de tu departamento: «Voy a trabajar», me dijiste, «te quedas en tu casa» y remataste con esa generosidad que te caracteriza. Te fuiste a chambear – «no queda de otra», alcancé a escuchar todavía. Y desapareciste en ese atole de la rutina. Al entrar a tu depa fui directamente al refri. Saqué una enorme bola de queso manchego, unas manzanas y un higo. Encendí la televisión y en vivo trasmitían un partido de la selección mexicana contra un equipo rojo. Claro, el tricolor iba perdiendo. En esos momentos en que el refrigerador se deshacía como si fuera de hielo, me asomé al ventanal; observé que regresabas. Con las migajas que volaban y se quedaban suspendidas en el aire, presuroso acomodé las manzanas y el higo en el refrigerador; el manchego había desaparecido, ya sabes, lo abusivo es algo que me caracteriza, disculpa por eso carnal. Entonces regreso a la sala para esperar a que abras la puerta

y entra un carnal como tú, pero muy delgado, decrepito, viejo, canoso, ojeroso e imperativo. Quería que atendiera a su mono araña que se hallaba detrás de un biombo que apareció por ahí, por arte del sueño. Era un un mono con una mirada abismal. El tipo muy parecido a ti, carnal, me ordenaba cuidarlo, darle nombre sin apellidos. Al terminar de decirme lo que tenía que hacer, el remedo de tu clon hizo un acto de desaparición tan natural en territorio de Morfeo, que ni el mico ni yo hicimos caso de tu escapismo. El macaco era gris, saltaba y hacía ruido. Era muy incómodo tenerlo cerca. Por fin, el simio se dignó a dirigirme la palabra: me comentó que tenía que prepararme para el concierto. Fui entonces a tu armario, descolgué de un perchero dorado una playera negra, quizás, la estampada con la palabra Metallica, que compraste en el concierto. Me la puse, me observé en un gran espejo de agua: tenía el cabello corto. Fui al ventanal de nuevo para ver el escenario que ya estaba montando afuera; en medio del cadalso había un hombre vestido completamente de negro, a un lado había un micrófono. Me di la vuelta y me vi nuevamente en el espejo: seguía con el cabello aún más corto. Quise preguntarle algo al primate, pero se había convertido en ese saraguato muerto que vimos en las cascadas de Roberto Barrios, en Palenque: un simio inerte, hinchado y apestoso, que estaba en las orillas de las aguas con unos ojos tan grises y brillantes que entre ratos se volvían blancos; sostenía en unas de sus manos un pedazo de la rama que se quebró y supusimos que por eso había caído. «Fue la última vez que había tocado a su hermano el árbol», fue lo que dijiste en el sueño y en la cascada, lo recordé y entonces abrí los ojos.

Chocolomo, pipian, puchero, *poc chuc*, salbutes, caldo de chaya...

Yo fabrico cayucos que van a durar más de cien años. El secreto es curtirlos con diésel y saber hacer los pliegues, hondos y curvilíneos cuando se tienen que hacer. Por eso siguen pidiéndome cayucos de mango o tinto, en vez de los de fibra de vidrio, como se hacen ahora. Aparte de mojar el cayuco con diésel para que se curta y no tenga várices, mi secreto es sumergirlo en el río ocho días. Es un bautizo muy largo pero la madera no es como la piel. Esto es como un ritual, así dejo a mis cayucos debajo del agua, y si hay luna llena mejor, la luna hace que las várices del cayuco cierren más rápido. Hay que estar pendiente que no caiga un aguacero porque demasiada agua de lluvia vuelve a abrir las líneas de la madera. Por eso todavía tengo pedidos, mis cayucos resisten y están bendecidos. Ese es mi secreto, más bien es un ritual, pero por favor, no se lo digas a nadie.

«No hay pedo», contesto como el turista que soy, como si yo tuviera un chorro de amigos cayuqueros.

EUFEMISMO

Sólo vino al café porque estaba aburrido. Quería sacar plástica. El problema fue cuando dijo «qué bonita la libertad», en vez de decir «qué pinche desmadre tenemos aquí».

LA PRIMERA CERVEZA FUE EN UNA PLAZA DE TOROS

Tenía doce o trece, puede ser un poco más. No puedo acordarme si vivíamos en la casa vieja o en la casa nueva. Lo que sí no se me olvida es aquella vez que mi padre y yo fuimos a la fiesta brava.

Desde niños mi familia y yo asistimos a la plaza de toros Villahermosa. Mi padre era muy conocido; en su época de esplendor se sentaba con gobernadores y toda la cosa. El me enseñó lo poco que recuerdo del toreo. Veo a la banda del estado tocar en vivo y echarse los famosísimos pasos dobles que ambientan de manera mágica las corridas. Siempre empezaban con el paso doble «Gato montés»; se escuchaban las trompetas y la gente estallaba en gritos y en olés. Así iniciaba la fiesta; entonces salían los hombres que todo mundo esperaba a dar el paseíllo, con sus trajes de luces, dedicándole al gobernador la corrida y lanzando la montera al político o a la esposa de éste. Cuando salían los picadores, hombres gordos montados a caballo, el público comenzaba a chiflarles y a insultarlos, pues muchos decían que los piquetes que le daban al animal lo debilitaban y ya no tenía tantas energías para seguir en el duelo con el torero. Todos lo sabían, cuando la banda tocaba el paso doble «Toque de muerte», era el momento en que el matador se preparaba para dar la última estocada a la imponente bestia.

Mi padre, al final hombre de rituales y rutinas, me contaba otra vez sobre el origen de este espectáculo que a

muchos les parece inhumano por el maltrato al animal. En ese tiempo no estaba tan de moda proteger a las bestias de los espectáculos o a lo mejor era muy joven y no me daba cuenta de ello. A él le parecía que la fiesta en donde nos encontrábamos era de lo último que nos heredaron griegos y romanos. Y me contaba de la era de Tauro, el culto a divinidades con cuernos, la creencia mágica en las virtudes genéticas del astado y su transmisión al hombre.

Fuimos a ver a muchos matadores: Zotoluco, Eloy Cavazos, Rafael Ortega, Armillita y los Forcados mexicanos, que eran ocho tipos que sin capote, solo con su cuerpo y generalmente aficionados, esperaban a pie firme en la arena al bovino embolado y lo sujetaban.

Pero el que más me gustaba era un torero al que llamaban el Glison. Jorge de Jesús Gleason Berumen, el Glison, era un matador que rescató una suerte del torero sevillano llamado Manuel Bellón «el Africano», que saltaba a las bestias desde una silla. Así empezaba el Glison sus corridas. Esperaba al animal arriba de una silla en el centro de la arena, el semental salía por los toriles con una velocidad impresionante; cuando llegaba al centro, el Glison saltaba al toro y éste destrozaba la silla de madera con sus cuernos y el paso de su tremendo cuerpo. Era todo un espectáculo.

Esa vez que tenía doce o trece, quizás más, el Glison regresaba al coloso de la colonia Espejo. Yo tenía muchas ganas de verlo y mi padre me llevó. Esa vez no nos sentamos con sus amigos políticos, estuvo conmigo en las gradas de en medio. Ahí me empezó a platicar que el ex-gobernador Leandro Roviroza Wade inauguró la plaza en el marco de la máxima fiesta de los tabasqueños. Él estuvo ahí y me dijo que se puso “hasta el reloj”, una versión de

decir que estuvo hasta la madre y es que en la plaza de Villahermosa hay un reloj en todo lo alto. En esa ocasión, llegaron las máximas figuras: Manolo Martínez, Eloy Cavazos y «Curro» Rivera. Mi padre me decía que esos sí eran diestros clásicos, no como el payaso salta toros. Hacía esos comentarios para ver si defendía al Glison, pero yo respetaba mucho a mi padre.

Antes de que saliera el matador que estábamos esperando, papá me preguntó si quería una cerveza. «Solo una», me dijo. De un chiflido llamó al señor que vendía la «mexicana alegría», como él le decía a la cerveza. Ya con nuestros vasos en la mano, una señora muy guapa, vestida de blanco, con un sombrero ancho negro y que iba acompañada de su marido, llegó para sentarse delante de nosotros. Me volteaba a ver mucho hasta que se atrevió a hablar: «Espero, señor, que su hijo no se maree con la cerveza y vaya a tirármela encima; está muy chamaco para beber». A lo que mi papá respondió: «No se preocupe, señora, si mi hijo se maree con esta cerveza quiere decir que se la tomó toda y no tendrá nada que derramarle en su hermoso vestido». La señora nos quedó mirando feo y se volteó para disfrutar la corrida.

Entonces salió el Glison e hizo el acto de la silla. Todos lo ovacionamos. Cuando la banda del estado empezó a tocar el paso doble «Toque de muerte», sabíamos que iba la estocada final. La estocada es considerada la suerte suprema, es la culminación de la lidia del toro. El Glison lo hizo de nuevo, dio una gran estocada y la gente saltó emocionada, yo también y en esa emoción derramé la mitad de la cerveza a la señora guapa que iba vestida de blanco.

Se me caía la cara de vergüenza, no podía mirarla ni a los ojos ni nada. Papá se disculpaba por mí. Sólo escuché cómo ella le decía: «¡Se lo dije!»

Ya no disfruté mucho las demás corridas. Mi padre me abrazaba y me decía que no pasaba nada, que me calmara y que siguiera disfrutando de la tarde taurina.

Recuerdo muy bien que al salir de la plaza de toros seguía avergonzado y me lamentaba haber derramado esa primera cerveza con mi padre. En esas andaba cuando vimos salir a Jorge de Jesús «el Glisón»; tenía el traje de luces y se estaba quitando unas vendas de las manos, venía con dos o tres personas de su equipo de trabajo.

Nos acercamos y mi padre le dijo: «Buena tarde, matador». El Glison le estrechó su mano y mi padre dijo: «le presentó a mi muchacho». El matador, al que venía a ver, me saludó con su mano derecha, todavía con algunas vendas y llena de sangre de toro. No lo podía creer. Nos dijo «gracias» y se despidió, yéndose a una camioneta que lo esperaba. Nosotros nos fuimos al estacionamiento a buscar el coche. Le mostraba al jefe mi mano, que tenía un poco de sangre del toro que había matado el Glison. Él me dijo que fuéramos por un helado a La polar. La guapa señora de blanco con su parche ámbar había quedado atrás.

ÍNDICE

Tres apariciones de Paulo Coelho

* 9

Preguntas de cultura general

* 21

La hora del garrobo

* 25

Historia del mucho antes

* 31

Amanecer

* 35

Coco y Bongo

* 39

Dagas color rosa

* 43

Naranjas partidas

* 47

Exodus

* 53

La última tarde juntas

* 57

Los impostores

* 63

Escupitajos de cantina

* 67

Eufemismo

* 71

La primera cerveza
fue en un plaza de toros

* 73

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



TABASCO



Alejandra Frausto Guerrero
Secretaria de Cultura

Adán Augusto López Hernández
Gobernador de Tabasco

Natalia Toledo
Subsecretaria
de Diversidad Cultural

Yolanda Osuna Huerta
Secretaria de Cultura

Marina Núñez Bepalova
Subsecretaria
de Desarrollo Cultural

Luis Alberto López Acopa
Subsecretario de Fomento
a la Lectura y Publicaciones

Omar Monroy
Titular de la Unidad de
Administración y Finanzas

Francisco Magaña
Director de Publicaciones
y Literatura

Esther Hernández Torres
Directora General
de Vinculación Cultural

Antonio Martínez
Enlace
de Comunicación Social
y Vocero





Historia del mucho antes y otros cuentos, de Pedro Luis Hernández Gil, se terminó de imprimir el 12 de noviembre de 2019, en los talleres de Impresionismo de México S. A. de C. V., Doña Fidencia # 109, colonia Centro, Villahermosa, Tabasco. Para su composición se utilizaron tipos EB Garamond y Roboto. El tiraje fue de 1000 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de la Dirección de Publicaciones y Literatura.